

## **Los poetas muertos no escriben novela negra**

Björn Larsson

Título original: *Döda poeter skriver inte kriminalromaner*  
Norstedts, 2010

Traducción de Emilio Quintana

### 1

Karl Petersén, editor y responsable del departamento de narrativa de la prestigiosa editorial Arnefors & Söner, miró a sus dos colaboradores más estrechos, los redactores Sund y Berg. Sabía que estaban sobre ascuas y que se estaban preguntando el motivo por el que los había convocado a una reunión extraordinaria fuera del horario de oficina, con la orden expresa de no contárselo a nadie más de la casa. Petersén se divertía un montón viendo sus caras perplejas, y con gusto los habría tenido en vilo un buen rato más, pero le resultaba cansado mantener aquella farsa.

“Os estaréis preguntando porqué os he convocado de este modo tan poco convencional”.

No era una pregunta, era una afirmación, pero los dos redactores asintieron.

“Obviamente los dos conocéis a Jan Y. Nilsson”.

Berg abrió los brazos.

“Uno de los mejores poetas del país”, dijo.

“Pero también uno de los escritores con menos ventas”, añadió Sund. “Entre nosotros, podríamos definirlo como un tipo que escribe buenos libros que nadie quiere leer, más allá de unos pocos entendidos”.

“Y que casi nadie quiere publicar”, siguió Berg. “Excepto un tal Karl Petersén, que no parece inmutarse ante la proliferación contemporánea de depredadores hambrientos de ganancias”.

Esto último lo dijo en un tono que se parecía mucho a la admiración.

“No es que no me inmute, es que me hago el sueco”, dijo Petersén.

Sabía muy bien que ambos colaboradores lo apreciaban por su obstinado rechazo a cualquier componenda sobre la calidad de las publicaciones, si bien ninguno de los dos poseía su intuición a la hora de reconocer obras que acabarían siendo, y con razón, clásicos contemporáneos, y que contribuían de este modo a la reputación de la editorial, por no hablar de sus finanzas. Por eso, de vez en cuando, se veían obligados a publicar libros de inferior calidad, pero con buenas perspectivas de venta, para tener la posibilidad de publicar textos verdaderamente buenos, de esos que se dejan leer más de una vez, o que incluso, en el mejor de los casos, son capaces de cambiarle la vida al lector.

“Sigamos con Jan Y. Nilsson”, repitió Petersén. “Pero vais a permitirme que empiece de otra forma, por ejemplo por el increíble éxito de *Nedräkning*, de nuestro Sven Marklind. Millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, enormes ganancias para la editorial y para los titulares de los derechos. Era previsible que un triunfo de estas dimensiones fuera como meterle el dedo en el ojo a nuestros principales competidores. No conozco todos los detalles, pero, por lo que parece, se han hecho con el manuscrito de un thriller bien construido y han entrevistado inmediatamente la posibilidad de recuperar el terreno perdido. Han lanzado una impresionante campaña de publicidad y han suscitado la curiosidad general poniendo el énfasis en el hecho de que el autor ha elegido escribir bajo seudónimo. En la Feria de Frankfurt han hecho correr, sin pudor alguno, la voz de que tenían en las manos una nueva serie de novelas policíacas capaces de igualar el éxito de Marklind. Han conseguido que participaran en la subasta un par de grandes editores europeos que han hecho

ofertas del orden de medio millón de coronas. ¿El libro lo valía realmente? No hablo en términos comerciales. Si una editorial paga un anticipo de medio millón de coronas por un libro, es obvio que tiene la obligación de poner en marcha la maquinaria del márketing. Cualquier crítico que haga un comentario positivo de la obra será considerado un arbitro del gusto, de larga y consolidada competencia profesional. Hay países en los que incluso se paga a las librerías para que pongan el libro en el escaparate. La editorial tiene que recuperar todo lo que pueda de la inversión. Pero este no es el auténtico peligro, al contrario, el auténtico riesgo radica en decepcionar a los lectores. Publicar a bombo y platillo libros que después no están a la altura es como minar la confianza del lector en la literatura. A largo plazo es como cavarse la propia tumba.

“Puede que penséis que para mí es fácil hablar de este modo, teniendo en cuenta que me las arreglo publicando por lo general sólo literatura de calidad. Pero me gustaría recordar que no soy un esnob en cuanto a los géneros literarios. La novela negra o el “fantasy” son tan respetables como la poesía o la novela. Marklind era un total desconocido antes de que su libro ocupara los escaparates de todas las librerías, consiguiendo un éxito que merecía por sí mismo, como la Rowling con *Harry Potter* o Eco con *El nombre de la rosa*. Lo único que digo es que debemos hacer lo posible por publicar lo mejor de cada género. Tenemos que imitar a los productores de vino: invertir en la calidad, porque es lo que da beneficios. ¿Quién produce a estas alturas esos vinos de mesa ásperos y fuertes envasados en botellas de litro con un tapón de rosca? Nadie. Incluso los vinos en tetrabrick son mejores que los vinos baratos de antes. ¿Y por qué? Porque los consumidores han entendido que les sale más a cuenta beber vinos buenos que malos, independientemente de si son tintos o blancos, de Burdeos o del Ródano, alemanes o búlgaros. ¿Por qué el mercado editorial tendría que ser diferente?

Petersén no esperaba una respuesta. Además, se había calentado para nada, porque los dos redactores estaban ya de su parte.

“El problema son los derechos”, dijo Berg en tono afable. “Si nosotros en la editorial hubiéramos ingresado los miles de millones que se han ganado con Larsson, Tolkien o Dan Brown, habríamos podido apostar a más largo plazo, asumir riesgos, hacer crecer a los autores e incluso recompensarlos con un dinero extra por sus esfuerzos. Pero ahora los beneficios se pierden en la caja central, para cubrir las pérdidas de otras actividades, como la cadena de librerías o las tiendas de alimentación que apenas pueden mantenerse, por ejemplo.

“Lo sé muy bien, pero eso no nos exime de hacer las cosas lo mejor que podamos. Aunque solo sea para que no se nos caiga la cara de vergüenza por la mañana, al mirarnos al espejo”.

“Perdona que te interrumpa”, intervino Sund, “pero no entiendo que tiene que ver Jan Y. con todo esto”.

“Jan Y. sabe escribir”, contestó Petersén con énfasis.

“¿Pero sabe escribir algo que tenga un hilo conductor?”.

“Ese es el tema. Hace años que sigo a Jan Y. muy de cerca, en presentaciones, en lecturas, pero también de tú a tú, ante una copa de vino en cualquier hotel cutre después de un encuentro en la biblioteca de Kiruna o de Vetlanda. Y te aseguro que he constatado con mis propias orejas que Jan Y. tiene un impresionante talento narrativo. No hay nadie que sepa contar mejor episodios de su propia vida, de modo que logra al mismo tiempo conmover y divertir. Hasta ahora se había limitado a las anécdotas. Es como si le faltara el coraje para dejar que su imaginación se hiciera cargo de la realidad cuando esta se rebajaba hasta la monotonía cotidiana. Jan Y. se atiene siempre meticulosamente a lo que sabe, a lo que ha visto o escuchado. La poesía debe ser verdad, suele decir.

“¿Y...?”

Era Sund el que había intervenido. Mostraba los primeros síntomas de impaciencia. Petersén esbozó una sonrisa maliciosa.

“Resumiendo”, dijo, “he convencido a Jan Y. para que escriba una novela criminal”.

“¡Anda ya! dijo Berg.

“Nunca lo habría creído”, dijo Sund.

“Ni yo”, admitió Petersén. “Pero le he prometido la ayuda de uno de nuestros mejores escritores del género, Anders Bergsten, que además es amigo suyo, y le he permitido que no firme el contrato hasta que no se sienta seguro -y yo con él- de poder culminar con éxito la empresa, es decir, de escribir una novela criminal que se distinga del resto en cuanto a calidad literaria. Y lo ha conseguido, os lo puedo garantizar.

Petersén se inclinó para coger su cartera y sacó un pesado manuscrito que arrojó sobre la mesa con un ruido sordo.

“Aquí está, la obra maestra de Jan Y. en el género de la novela negra. Sólo falta el final, no más de cincuenta páginas. Pero sé que lo tiene claro en la cabeza, de modo que mañana por la mañana, cuando vaya a verlo al barco en el que vive en Helsingborg, podremos firmar el contrato”.

“¿Puedo preguntar de qué trata?”, dijo Berg.

“Claro que puedes, pero no te voy a contestar. Quiero que leáis el manuscrito cuando esté terminado del todo, y que luego me vengáis con comentarios y sugerencias de mejora”.

“¿No te parece excesivo?” preguntó Sund. “Poner a tres redactores expertos a trabajar sobre una novela criminal. ¿Por qué no darle el trabajo a un lector normal?”.

“Porque esto va a ser auténtica literatura, no sólo un producto comercial de buena factura como tantos otros. Eso es lo que le he prometido a los colegas extranjeros que ya han comprado los derechos, unos diez para ser más preciso, y por sumas considerables”.

Sund emitió un silbido de admiración.

“¿Cómo lo has conseguido?”

“Es una cuestión de confianza y credibilidad, como sabéis. Por ejemplo, nunca hay que intentar encajarle un libro a un colega a toda costa, sólo porque uno piense que se puede vender bien. Los editores extranjeros no saben sueco, salvo honrosas excepciones. De modo que yo mismo he traducido los primeros capítulos y se los he dado a leer a los colegas extranjeros que más aprecio. Están tan entusiasmados como yo. Pero forma parte del acuerdo mantener la máxima reserva antes de la publicación de la novela, que se hará al mismo tiempo en varios países europeos. No sólo para crear interés, sino también porque la novela contiene material que puede suscitar cierta irritación en algunas partes. No hay que excluir que nos encontremos con alguna querrela, pero tengo la convicción de que Jan Y. tiene suficientes pruebas concretas para ganar cualquier recurso que se nos abra. Como he dicho antes, le cuesta mentir.

Esta vez ni Sund ni Berg dijeron nada.

“Ahora sabéis porqué la discreción es fundamental en este tema. Los únicos de los que me fío totalmente sois vosotros”.

Petersén puso una mano en el manuscrito que tenía delante.

“Una cosa antes de irnos. En mi caja fuerte personal hay una copia del manuscrito en un pendrive. El archivo lleva el modesto título de “obramaestra”, pero sin el nombre del autor. En el pendrive hay también copia de los contratos que he negociado con los editores extranjeros. Es una cuestión de seguridad”.

“¿Por qué nos lo dices?”

“A mi edad no hay que descartar que a uno le dé un infarto de la noche a la mañana. Como es lógico, tengo la intención de sobrevivir unos cuantos días más, al menos hasta que Jan Y. firme el contrato. Pero no quiero que la publicación del libro dependa de una sola persona, es decir, de mí mismo. Los cementerios están llenos de personas imprescindibles, escribió el poeta francés Péguy. Se entiende que esto vale también para el que os habla. Si me pasara algo, Dios no lo quiera, si Dios tiene algo que ver con estas cosas, os podéis hacer cargo del tema. Jan Y. debe finalmente poder

disfrutar de los frutos de sus sacrificios. Se lo merece. Ya ha tenido bastantes remordimientos de conciencia por haberse dejado convencer”.

“¿De qué cifra estamos hablando?”

“Un par de millones de coronas en anticipos por derechos de autor. No es una suma desproporcionada, y ni siquiera es lo más importante, aunque la editorial necesita siempre algunos bestsellers. Lo más importante es que vamos a elevar la calidad literaria de todo un género. Ya sé que suena presuntuoso, pero esta es mi verdadera ambición”.

“¿Y cuánto piensas darle a Jan Y. como anticipo por la edición sueca?”, preguntó Sund.

“Doscientas mil coronas”.

“Es un montón de dinero”.

“Sí, pero si tenemos en cuenta las ventas previstas en Suecia y en el extranjero, el riesgo es mínimo”.

Petersén tomó el manuscrito y lo metió en la cartera con la que iba a todas partes.

“Es todo”, dijo, como si todo hubiera sido una nimiedad. “Mañana por la mañana tomo el avión a Helsingborg para encontrarme con Jan Y. y comunicarle las buenas noticias. Me habría gustado hacerlo antes, pero he preferido esperar la respuesta de Alemania, que ha llegado hoy. Fischer paga sesenta mil euros por los derechos”.

“¿Y estás seguro de que Jan Y. va a firmar?”, preguntó Berg. “Es muy conocido por su integridad estética”.

“No me cabe ninguna duda”, respondió Petersén.

Pero no estaba del todo seguro, porque en el fondo sabía que Jan Y. seguía dudando y que tendría que emplearse a fondo para que firmara el contrato. Petersén, sin embargo, se guardaba algunos buenos argumentos en la manga; por ejemplo, que la editorial no podía seguir publicando los poemarios de Jan Y., que siempre daban pérdidas. Había hablado también con Anders Bergsten, que estaba listo para echarle una mano. Pero Petersén esperaba que Jan Y. firmara voluntariamente, sin que hubiera necesidad de ponerlo entre la espada y la pared. A fin de cuentas había escrito un buen libro.